

“Estar en la luna” y “Entrar en turbulencia” como vértices de aproximación a las experiencias terapéuticas con un niño diagnosticado con TDAH

Autores: María José Indaburu¹ y Julio Galindo²

Resumen:

Re-visitamos un proceso terapéutico de hace varios años con Simón, un niño diagnosticado con TDAH, proponiendo nuevos vértices de observación generadores de otras preguntas. “Estar en la luna” y “Entrar en turbulencia”, además de ser expresiones que nos remiten a las características del Déficit de atención y la Hiperactividad, son estados en donde se ponen en juego la relación de la mente con el cuerpo, el encuentro con el otro y maneras particulares de transitar las cesuras. Concluimos que el proceso terapéutico sucede en diferentes registros, en los que los mecanismos de transformación y anti-transformación pueden aparecer simultáneamente. Así, la búsqueda de la verdad va acompañada de las defensas activas que se le oponen.

Palabras clave: Juego, psicoterapia, turbulencia emocional, reverie.

Introducción

Uno de los grandes riesgos que se corren a la hora de escribir una publicación sobre material clínico, es dejarse llevar por la ilusión omnipotente de demostrar una teoría, y peor aún, exhibir de manera vanidosa los grandes logros que tenemos diariamente con los pacientes. Sin duda, los registros de las sesiones son como los relatos de sueños: residuos de memoria acerca de una experiencia emocional íntima y personal que ya es cosa del pasado. Pero el ejercicio de volver a pensar el pasado está justificado con la esperanza de “dejarlo ir”, desprendiéndose de aquellos conceptos que aún

siguen contaminando el campo de observación, obstruyendo la posibilidad de captar los hechos clínicos que se nos revelan cotidianamente en el consultorio.

Desde luego, también la memoria y el deseo saturan todo ejercicio inicial de construcción académica. Teorías, diagnósticos, angustias, supervisiones, supervisores, revisores, cariño por los pacientes, y todos aquellos elementos que se suelen entrometer en la posibilidad de utilizar el espacio blanco de unas páginas para madurar pensamientos, y abrir nuevos continentes para alojar el material que no pudo ser comprendido. ¿Qué podría agregarse a un tema conocido? ¿Para qué escribir? Proponemos

¹ Psicóloga, psicoterapeuta en práctica privada. Magíster en Psicología Clínica. Email: majoseindaburu@gmail.com

² Psicólogo, psicoterapeuta en práctica privada Magíster en psicología clínica, Máster en psicología y psicopatología perinatal e infantil. Email: juliogalindog@gmail.com

en ese sentido un breve ejercicio de descripción y re-visión de lo supuestamente ya conocido en medio de un proceso de aprendizaje y devenir terapeuta. Y para esto hemos decidido tomar la experiencia que, como parte de la formación de posgrado en psicología clínica, una de las autoras tuvo para construir una tesis de grado mientras navegaba en medio de las turbulencias y la incertidumbre del encuentro clínico con sus primeros pacientes, desde una posición de estudiante supervisada. Haciendo acopio de teorías y un análisis por categorías, en su momento se construyó un edificio teórico para aportar al conocimiento sobre la “vivencia del medicamento en niños diagnosticados con TDAH”.

Siete años después, proponemos agregar un vértice de aproximación a lo ya construido, y con esto profundizar el trabajo de liberación de aquellos contenidos saturados que expresiones como “trastorno”, “déficit de atención” e “hiperactividad” nos imponen en el trabajo cotidiano con nuestros pacientes, desprendiendo así a las preguntas de sus respuestas. Cotidianamente los terapeutas apelamos a teorías sobre la falla ambiental y las funciones que supuestamente debe aportar el terapeuta, educador, familiar, a un niño que nos presenta un comportamiento que los manuales han clasificado como deficitario en algún sentido. Con frecuencia nuestras comprensiones saturan el espacio de maduración de preguntas tan elementales como: ¿Qué querrá decir que a una persona le falta atención? ¿Cuál atención? ¿Atención sobre qué? ¿A qué/quién suponen le debe “prestar/vender/ofrendar” el paciente su atención? ¿Hiperactividad? ¿Cuánta actividad está permitida para el paciente? ¿Qué tipo de actividad? Y, como en todo proceso de búsqueda, seguramente encontraremos: padres hiperestimulantes, funciones maternas

descompuestas, neuronas y sus neurotransmisores con dificultades de comunicación.

Pero si en lugar de ir en búsqueda de la presa de nuestra cacería teórica, abrimos un área de exploración alrededor de preguntas como ¿Cómo es la atención durante las sesiones? ¿Cómo es la actividad de este paciente en relación con su terapeuta? Apostándole como nos invitan Sor y Senet (1992) a usar nuestra propia Capacidad de Valencia, articulando y simultáneamente desarticulando, quizá podremos decir algo que nos ayude a seguir trabajando con nuestros pacientes. Pero antes de iniciar, cabe delimitar el área/escenario en el que se dio este proceso de exploración terapéutica hace ya varios años y la mirada que sobre él vamos a profundizar.

Simón es un paciente que tiene la necesidad de jugar, y se encuentra con un continente receptivo a esta necesidad en una terapeuta dispuesta a acompañarlo. Podríamos, al igual que hacemos con un sueño, interpretar el contenido del juego en términos simbólicos, o podríamos analizarlo de manera sintomática y observar en su estructura carencias y limitaciones. Sin embargo, hemos decidido observar el jugar como una potente forma de vida en la cual se forman zonas de transformación para tratar con lo novedoso, lo doloroso, inesperado e insólito; una relación con predominio del vínculo k (conocimiento) que le permite a una persona devenir verdadera y dejar de lado aquello que no es. Un escenario que es a la vez digestión del pasado, y penumbra del futuro (Sor y Senet, 1992).

Y desde ese punto de vista, pretendemos explorar el juego como proceso, y con esto aproximarnos a la observación de aquellas áreas

en transformación puestas en marcha durante las sesiones. ¿Cuáles son las preguntas de Simón? ¿Hacia dónde se dirige? Esperamos con esto continuar el proceso de refinamiento del instrumento psicoanalítico de observación, de todo aquello que cotidianamente no logramos ver en el trabajo con los niños.

Un niño astronauta:

Simón tiene ocho años y le encantan las películas de acción. Le gusta jugar, y como un director hace a su terapeuta representar a su hermana mayor que lo lleva al hospital, su compañero fiel en el viaje al espacio o la víctima de sus torturas cuando se convierte en villano. Es hijo único de una pareja que se separó cuando él tenía un año y desde entonces ve a su padre esporádicamente. Sus padres no se llevan bien. De hecho, sólo se comunican para lo que tiene que ver con las terapias, y quién lo traerá o lo recogerá cada semana. Por ello, se vio al padre en contadas ocasiones, pero éstas fueron espaciándose cada vez más, al punto de que Simón dejó de asistir regularmente a la terapia pues la madre no siempre podía llevarlo.

Fue diagnosticado con Déficit de Atención con Hiperactividad y llega a la consulta por recomendación del psiquiatra tratante, al considerar que requiere de un acompañamiento más frecuente y constante. Desde hace unos años sus profesores se quejan de su mal comportamiento; no permite que sus compañeros pongan atención en clase y en ocasiones se vuelve muy agresivo, llegando incluso a herir a niños de su curso. En su casa también ha tenido problemas, y la madre cuenta preocupada que constantemente Simón le dice que la odia.

“Vértices”

Durante la revisión de los registros de sesiones de Simón, y del trabajo de grado presentado hace algunos años, se hicieron evidentes dos grandes temáticas que pretendemos analizar y detallar a continuación. Éstas, además, parecen ser sumamente cercanas a las dos grandes características presentes en el nombre del diagnóstico dado al niño: el *Déficit de Atención* y la *Hiperactividad*. Aparecen entonces como categorías emergentes el *Estar en la luna* y la *Turbulencia*, ambas asociadas a los juegos que se desarrollaron en las sesiones y fueron propuestos por Simón.

ESTAR EN LA LUNA:

Desde un primer punto de vista, y más cercano a las comprensiones derivadas del trabajo de grado ahora revisado, pensamos en aquella expresión tan popular en las escuelas: “Estar en la luna”, como sinónimo de estar inatento, distraído, desconectado de la realidad. Estar en la luna, como el TDAH, puede ser pensado como una desconexión en el vínculo, como un estado de no pensamiento, desintegración, de “flote”, disociado incluso de sus propias impresiones sensoriales. Así nos aparecía Simón en las primeras sesiones:

T: Señor toro, ¿Dónde está su familia?

S: Yo tuve , pero ya no... la perdí

T: ¿Cómo es eso de que la perdió, señor?

S: Fue así, iba cogido de la mano de mi mamá y me solté y me perdí

T: ¡Ay! ¿Se perdió? ¿Y no sabe cómo encontrarla?

S: No.... Bueno, es que ella salió corriendo para que nunca más la encontrara...

T: Don Toro... ¿y su papá?

S: Los dos, los dos al tiempo me soltaron de la mano y salieron corriendo rápido para que no la alcanzara... Me soltaron la manito así (hace el gesto)

T: Y, ¿Por qué hicieron eso?

S: Es que me he portado mal, muy necio y grosero...

¿Será ésta una sombra nostálgica del pasado? Quizá nos esté contando que al perder la conexión con su matriz de reverie se ha sentido perdido. Tal vez el proceso de individuación ha sido vivido de una manera violenta, exacerbando los sentimientos de rabia, culpa y persecución. No se ha separado del pecho, sino que se lo han arrebatado. Como un toro descontrolado de rabia, rompe relaciones en su familia y aparece su temor de quedarse solo por haberse “portado mal, muy necio y grosero”. ¿Ha quedado perdido en el espacio?

T: Y ¿vamos a tener mamá?

S: Ella murió

T: Ay, ¿cuándo murió?

S: Acaba de morir

T: (Con cara de terror) Acaba de morir mi mamá

S: Nuestra mamá... acaba de morir, mira ya se fue para el cielo... (Se acuesta en el sofá, hace como si se muriera...) Ahora se fue al cielo... ¡Vamos a ver cómo sube!

T: ¡Vamos! Por la ventana podemos verla...

S: Necesito uno de esos.... De esos de papá... (Hace con las manos la figura de unos binóculos)

T: Unos binóculos, mira.... Aquí tienes los tuyos (represento con las manos) Cuando los mueves para allá puedes ver a lo lejos, y cuando volteas hacia allá puedes ver más de cerca...

¿Ha muerto su madre o la mirada infantil de la madre? Puede que nos cuente que la madre-envoltura ha muerto, y que ahora debe encontrar nuevamente a la madre con “los ojos del padre”. Parece estar relatando el atravesamiento de una cesura, y se alista a una transformación. Es decir, desde afuera de la matriz madre-bebé, con la perspectiva de un ser separado. En este momento, para Simón la culpa

trae consigo la posibilidad de integrar los afectos con los hechos que ha vivido con su familia, y reconoce el daño que ha causado con sus acciones. Se trata de un movimiento hacia una fase de reconocimiento de las emociones y los pensamientos de los otros, pero que genera mucha tristeza al pensar que puede perder el amor materno. Se trata de una experiencia de cambio de “mundo”. Puede que el modelo descrito por Bion (1970/1974) nos permita entender la naturaleza de este proceso evolutivo, que caracteriza el paso del estado homérico de indiferenciación hombres-dioses, a una fase en la que el hombre finito se enfrenta al dios infinito y trascendente, siendo la función del grupo humano establecer dicha separación.

S: ¡Mira! Ya llegamos al cielo

T: ¡Ya puedo ver! ¡Mira cómo se ve todo desde acá arriba! Mira los carros y las personas tan pequeños.

S: Sí, ¡desde acá podemos ver nuestra casa! ¡Ah! (Con un suspiro hacia adentro. Empieza a hablar despacio) Mira hacia atrás.... ¡Es Dios!

T: ¡Ay!

S: (Se acerca para abrazarlo) ¡Hola Dios! Adivina, ¡Nos dijo que podíamos llevarnos a nuestra mamá de regreso!

Luego de cada paso evolutivo, cada cesura, se integran los logros de las fases anteriores, pero con otra mirada. Hay un punto de no retorno en el cual la realidad y el mundo no vuelven a ser iguales. En la constitución del ser, sin embargo, se han integrado los viajes, pero ya no como repetición, sino como adición de nuevos vértices, y nuevas elaboraciones sobre lo ya construido. Lejos ya de la dependencia de los primeros años, Simón ahora cuenta con un puente propio (canal de reverie) para viajar, que le permite atravesar nuevos mundos y explorar por sí mismo. Y para esto, la zona lúdica de

contacto con su terapeuta, le permite hacer un tránsito suave:

S: Ahora que bajemos a la luna tenemos que tener cuidado de tener la cuerquita

T: ¿Cuál cuerquita, Capitán?

S: La que nos ponemos los astronautas para no perdernos de la nave

T: Es cierto, voy a asegurarme que la suya esté bien Capitán... Shummm chuc... Listo. ¿La mía cómo está?

S: Shummm chuc.... También lista.... ¿Quieres salir ya?

T: Tengo miedo de salir

S: Si tienes tanto miedo no vas a ganar nunca una medalla como yo

T: Tienes razón.... Voy a ser valiente, vamos, salgamos

(Empezamos a caminar como flotando en la luna, caminando lento)

¿De qué se trata este viaje? ¿Hacia dónde se dirige? ¿Al estar en silencio se rompe la comunicación? ¿Se cortó el vínculo? ¿Es un momento de déficit de atención? ¿De narcisismo? Es imposible conocer a donde conducirá un evento mientras ocurre. Simón nos revela que es un astronauta experto en los viajes triunfales más allá de lo conocido y ha logrado desprenderse del miedo, que ahora es contenido por la terapeuta. El silencio se apodera de la sesión y, acompañado de su terapeuta, Simón entra en contacto con un estado de gravitación diferente. ¿Cambia el eje desde el cual se ubica en el mundo? Ese empuje al “más allá” nos recuerda el estado de “empuje a saltar brechas” que Sor y Senet (1992) describen como la matriz que prepara la mente para el Cambio Catastrófico, o capacidad para atravesar las cesuras de la vida. ¿Es la zona de juego, el escenario que permite experimentar una transformación?

S: Claro, ya he venido muchas veces, aunque algunas veces se me cae el.... ah (empieza a ahogarse)

T: ¡Capitán, capitán! Ay.... ¡El casco! Shummm chuc... uff ¿ya? ¿Capitán, capitán?

S: Ufff.... Gracias.... Casi no podía ni respirar. Ahora ya podemos seguir... ¡ay! ¡Un cometa!

T: ¡Dónde! Quiero verlo

S: ¡No! Cuidado... un cometa es como un meteorito...

T: (Lo miro expectante)

S: Eso quiere decir que tiene fuego... ¡Cuidado!

T: ¡Ay! Estuvo cerca

S: Por eso tienes que tener mucho cuidado (Otro rato en silencio, caminando flotando por la luna. De repente, simula otra vez que se le cae el casco y esta vez no deja que yo se lo ponga... Empieza a toser, a ponerse rojo, empieza a voltear los ojos, hace ruidos muy fuertes, con la boca, se pega contra las paredes ... y se transforma finalmente en “otra criatura”)

T: ¿Capitán?

S: ¡No! ¡Soy el diablo! ¡Aparezco cada vez que le falta el aire! Y ahora ¡voy por ti!

Un trayecto que inicia con un silencio-salto al vacío, que desencadena una turbulencia ¿T α ? y llega a resolverse en la aparición del diablo como punto de llegada ¿T β ? Y en este proceso, la compañía de la terapeuta es temporalmente una extensión del canal de reverie que tiende un puente para el Cambio. Estando en la luna, tiene la posibilidad de ver todo desde arriba, permitiendo así una meta-mirada de sus vínculos y estar en contacto intuitivo con una cualidad psíquica de ser sí mismo. Puede ser entonces que no se trate de solamente una desconexión, sino también de una conexión con una realidad interna, facilitada por un espacio de silencio que se tolera con tranquilidad y que desencadena la turbulencia.

S: (Mira al techo asustado y lo mismo hago yo)
Walter... mira ese orificio en el techo.. y tú decías que es solo la noche

T: Es solo la noche, Dani

S: Jamás había visto la noche tan de cerca.... Creo que estamos...

(Abre la puerta del consultorio y me hace ir detrás de él... Con la puerta abierta y mirando alrededor dice:)

S: ¡Wow! Es el espacio, Walter, ¡ven!

T: ¡Wow Dani! ¡Cómo habremos llegado hasta acá! Cierra la puerta.)

S: ¡Ahhhh! (Se tira al piso) ¡Es un meteorito gigante! ¡Corre Walter!

T: ¿¡Cómo pasó esto Dani!? (Empezamos a correr)

Simón nos muestra que, como bien dice Bion (1970/1974), el proceso analítico (o terapéutico) es un proceso permanente de ampliación del espectro. Entre más conocemos, mayor es la proporción de lo desconocido. A medida que avanza el trabajo, se multiplican los mundos por conocer, se multiplican los espacios que atravesar, y la oscuridad revela su propia luz. Es un trabajo que nunca está exento de peligros y riesgos, pero que la pareja está dispuesta a superar.

ENTRAR EN TURBULENCIA:

Tanto en los juegos desarrollados en sesión, como en la narración que los padres comparten sobre el comportamiento de Simón en el colegio y en la casa, aparece la noción de *Turbulencia*. Con esta categoría emergente, exploraremos también dos vértices.

En los viajes de Simón que hasta ahora hemos recorrido, la *Turbulencia* podría ser entendida como el resultado del encuentro con un otro; una turbulencia emocional que podría o no, dar paso a una transformación profunda y mutua. ¿Puede ser que para que haya cambio, desarrollo y encuentro genuino con otra

persona, tengan que sacudirse fuertemente algunas certezas?

Por un lado, lo que Simón denomina “cuerdita” podría equipararse con el proceso de personalización (Winnicott, 1972/1992) mediante el cual es posible habitar el cuerpo. El espacio es también un lugar peligroso que amenaza con romper el frágil contacto entre él y la verdad; el lazo con la terapeuta-mundo. En ese sentido, durante la sesión es la terapeuta quien le ayuda a habitar el cuerpo, por lo que la cuerquita también se refiere a la relación entre los dos. Una relación que le permite explorar el mundo sin generar caos, o también, una relación que recibe su caos sin romperse.

Pero desde otro vértice, la turbulencia es un hecho eminentemente somático, “un cuerpo que se sale de control”, y que se desintegra de la psique que puede sostenerlo. Se relaciona con una pérdida o falla de los procesos de integración y personalización conceptualizados por Winnicott (1972/1992) referentes a la residencia de la psique en el soma. Desde este punto de vista, tener un “cuerpo turbulento” implica para Simón sentirse peligroso, romper cosas, relaciones, personas. Además, hace que se le confunda el límite entre su adentro y el afuera.

T: ¿Qué te pasó aquí Simón?

S: ¿Aquí? Eeee... no me acuerdo

T: ¿No te acuerdas?

S: Me parece que me caí, estaba yendo al colegio y me caí, pero no me acuerdo bien...

T: Trata de acordarte bien y me cuentas ¿te parece?

(Más adelante en esa misma sesión la madre le comenta a la terapeuta)

Madre: Esta semana, por ejemplo, tumbó a una niña por las escaleras y le rompió la cabeza, y esta herida que tiene acá (se señala entre las

cejas) se la hizo él mismo, rasguñándose con la uña.

La vivencia de Simón nos muestra un aspecto de su personalidad de la cual no quiere saber nada. La negación del dolor se ha extendido de forma omnipotente a los otros, a través de un mecanismo de evasión del dolor y la verdad, que sustituye la ausencia por la presencia. El dañino cuerpo turbulento que hiere, crea heridas por fuera del sí mismo, en su cuerpo y en otros. A través de este lugar se ejerce un ataque a las diferenciaciones con el mundo exterior: ¿Quién empujó?, ¿Quién hirió? ¿Quién se cayó? ¿Quién sufre? Ésta parece ser una catástrofe sin cambio en la que el objeto ha quedado subsumido.

De la misma manera, en un viaje con su hermana mayor (la terapeuta) rumbo a la playa, aparece la turbulencia que lo derrumba al suelo:

T: Hermanito, ¡no! Ven, ¿te sientes bien?

S: No, me duele todo.

T: ¡Ahora que nos bajemos del avión vamos directo al hospital a que te revisen!

S: Sólo espero que no haya otra... Ayyy... ¡otra turbulenciaaaa! (empieza a hacer otra vez como si temblara y yo a moverle la silla de un lado al otro)

T: Nooooo, tassss (otra vez se tira al piso)

Simón propone un viaje hacia los límites y tiene un vehículo para llevarlo a través de un largo camino, durante el cual aparece la turbulencia y el dolor. Su cuerpo se puede volver turbulento, creando caos y preocupación por donde va. Parece que su cuerpo se inunda de sensaciones, y resulta para Simón tan desconocido como el mundo exterior. Un avión en turbulencia genera las mismas angustias impensables como serían resultar despedazado, caer sin ningún sostén o perder la orientación. El cuerpo de Simón va hacia una dirección distinta a la de la nave,

recorriendo el camino contrario de la transformación; la turbulencia se sale de control. Demanda que se haga algo pronto con su cuerpo, que lo ayude a mantenerlo cerca de la nave de control, más cerca de la mente.

Podemos en este sentido volver a pensar las turbulencias de la nave rumbo a la luna. Existe también el temor a perderse, pero es en esa ocasión la cuerda y el casco, lo que le permiten atravesar el doloroso umbral de la tolerancia a la frustración. Pero cuando el puente reverie se rompe, la unión entre su cuerpo y su mente colapsa, apareciendo caos y preocupación, en los otros y en él mismo.

Conclusiones

En este recorrido, hemos podido observar que un proceso terapéutico (o analítico) sucede en diferentes registros, y los mecanismos de transformación y anti-transformación, el vínculo K y el -K, se pueden presentar de manera simultánea. Y es quizá la zona lúdica transicional del juego, la que permite tolerar estas paradojas, sobrevivir a las turbulencias y llegar constantemente a nuevas lunas. Podemos recordar así estas palabras de Bion (1970/1974):

“Como alguien que en un sendero solitario camina temeroso y aterrado y, habiéndose vuelto una vez sigue caminando sin tornar nuevamente la cabeza, porque sabe que un demonio espantoso camina detrás, muy cerca. El “demonio espantoso” representa indistintamente la búsqueda de la verdad o las defensas activas que se le oponen; depende del vértice” (p. 47).

Dicen Sor y Senet (1992) que todos los nacimientos posibles, que se dan dentro o fuera del útero, implican una cesura. ¿Nació en este

proceso un paciente? ¿Una terapeuta? E igualmente importante, ¿cómo se transitó esa cesura? Puede que las turbulencias hayan servido como puentes para atravesar y aprender de la experiencia. Y en esta misma clave, podemos pensar el “Estar en la Luna” y entrar en “Turbulencia”, que vivió la terapeuta mientras acompañó a Simón en estos tránsitos y de los autores revisitando esta aventura.

Bion (1979/1992) nos ayudó a ver que, en el encuentro de dos mentes, dos personalidades, y dos terapeutas en continua construcción, se genera una tormenta emocional. Sor y Senet (1992) profundizaron el vértice de comprensión de las implicancias que tiene el proceso de Cambio que se da en esta atmósfera. Las turbulencias se presentan cuando se aproxima un hecho nuevo, cuando la mente se traslada de un punto de invariancia a otro y ante el efecto de succión nostálgica que se ejerce desde el estado que se deja atrás. Cuando una pareja terapéutica (o analítica) está dispuesta a sobrevivir al esfuerzo que implica reconocerlas y transitarlas, se abrirán paso al cambio. De lo contrario nos encontraríamos en la dimensión del repudio a los hechos, propia de los procesos terapéuticos cosméticos.

Referencias:

Bion, W. (1974). *Atención e Interpretación* (Muñiz, E., Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1970).

Bion, W. (1992) Hay que pasar el mal trago. En: *Seminarios clínicos y cuatro textos*. Lugar editorial. (Obra original publicada en 1979).

Indaburu, M.J. (2017). *Acerca de pócimas mágicas, monstruos y turbulencias: vivencia del medicamento en niños diagnosticados con TDAH* [Tesis de Maestría en Psicología Clínica, Pontificia Universidad Javeriana]. Repositorio Institucional – Pontificia Universidad Javeriana.

López de Caiafa, C. (2002). El cuerpo: habitación, construcción, creación. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 101-108. Recuperado de: https://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup96/rup96-lopez.pdf

Lorén, J.A (2017). Psicoanálisis de la experiencia emocional. En *Mentalización. Revista de Psicoanálisis y Psicoterapia*. Recuperado de: <https://revistamentalizacion.com/ultimonumero/loren.pdf>

Dorado de Lisondo, A. (2009). Reverie revisitado. En: *Psicoanálisis: Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana*, 21 (2). Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3643962>

Sor, D. y Senet, M. (1992). *Fanatismo*. Una mirada bioniana actual. Ediciones Biebel.

Winnicott, D. (1991). Sobre las bases del self en el cuerpo. En *Exploraciones Psicoanalíticas* (Wolfson, L. Trad.). (pp. 311-336). Editorial Paidós. (Obra original publicada en 1972).